



El regreso de
fray Juan Ramos de Lora
a Mérida después
de 200 años de su muerte

| José Manuel Quintero Strauss |



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

José Manuel Quintero Strauss, merideño, economista de profesión egresado de la ULA en 1973, año en que se incorporó al Servicio Exterior de Venezuela ejerciendo la diplomacia en México, Perú, Naciones Unidas, Ginebra – Suiza, Bolivia, entre otros, participando en más de un centenar de conferencias internacionales en representación de nuestro país.

Actualmente jubilado, es un apasionado investigador de la historia de Mérida manteniendo desde hace más de quince años una columna semanal en el diario Frontera, donde relata en forma minuciosa y elegante los principales hechos históricos de la ciudad y del estado. Es quizá, el más importante cronista de la Mérida actual.

“Chachá”, como se le conoce popularmente, ha recibido las más altas condecoraciones y reconocimientos de su ciudad natal, entre las que destaca la Distinción Bicentenario de la Universidad de Los Andes. Es miembro correspondiente Estatal de la Academia de Mérida en el área de las Ciencias Sociales.





El regreso de
fray Juan Ramos de Lora
a Mérida después
de 200 años de su muerte
| José Manuel Quintero Strauss |

Título de la obra:

El regreso de **fray Juan Ramos de Lora**
a Mérida después de 200 años de su muerte

Autor:

José Manuel Quintero Strauss

Publicaciones Vicerrectorado Académico:**Director**

Humberto Ruiz Calderón

Coordinación editorial:

Luis Ricardo Dávila

Asistencia editorial:

Yelitza A. García A.

Consejo editorial:

Tomás Bandes

Asdrúbal Baptista

Rafael Cartay

Mariano Nava

Stella Serrano

Gregory Zambrano

Corrección de texto:

Raúl Gamarrá Obando
(Vicerrectorado Académico ULA)

Diseño Gráfico y diagramación:

Yaneth Calderón

Mary Isabel Ruiz

Fotografías :

Jesús Ramón Pico (Oficina de prensa de la ULA)

Vasco Szinetar

© Universidad de Los Andes
Vicerrectorado Académico

Depósito legal: LF23720069004609

Reservados todos los derechos

Mérida, Venezuela, 2006

Impreso en : Gráficas El Portatítulo

Impreso en Venezuela



Presentación

Como todas las obras con las que estuvo relacionado fray Juan Ramos de Lora, este folleto titulado *El regreso de fray Juan Ramos de Lora a Mérida después de 200 años de su muerte*, de José Manuel Quintero Strauss, también vivió un largo itinerario. Ya lo dice el mismo autor, sobre cuándo y con qué insistencia se le pidió recoger en páginas amenas el periplo del fraile. Recoger la pequeña historia de su retrato es un hecho de suma importancia para la Mérida venezolana y su Universidad. Esto refuerza el sentimiento de identidad con un pasado que nos gobierna. Se narran en estas páginas la forma como fue encontrado y los avatares de su traslado a la Ciudad de los Caballeros del óleo del fundador del seminario de San Buenaventura de Mérida. Fue ésta nuestra institución primigenia que, andando el tiempo, se convertiría en la actual Universidad de Los Andes.

Durante doscientos años, luego de su muerte, los merideños vieron esfumarse el rostro certero de quien tanto hizo por la ciudad de la Sierra Nevada y su más importante Casa de Estudios. Por ello, rescatar su figura en un óleo que reposaba en un lejano convento franciscano de ciudad de México, puede decirse que es un hazaña cultural. Gesta iniciada con una ardua y fatigante labor que nos es narrada por Quintero Strauss con amena minuciosidad.

Con motivo del congreso para conmemorar el centenario del Museo Arquidiocesano de Mérida, realizado en nuestra serrana meseta en noviembre de 2005, se dio la feliz oportunidad para que Quintero Strauss encontrara el ánimo y el tiempo para escribir y documentar el reencuentro de Mérida con la figura indiscutible del egregio pastor.

Nos ha correspondido, desde el Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes, haber persistido en el afán de que esta historia quedase para las generaciones futuras al propiciar su publicación y colocarla en nuestra página Web para su preservación y difusión permanente.

Con la publicación de esta historia estamos cerrando un largo ciclo de más de 223 años. Ciclo iniciado cuando el mismo fray Juan Ramos de Lora posó (entre 1781 y 1783) para que su figura quedara plasmada eternamente. Podría decirse que la conclusión del mismo se dará cuando esta historia vea la luz pública.

Humberto Ruiz Calderón
Vicerrector Académico

El regreso de
fray Juan Ramos de Lora
a Mérida después
de 200 años de su muerte

Estando el profesor Manuel Hernández ocupando el vicerrectorado académico de la Universidad de Los Andes, me solicitó reiteradamente que escribiera un relato acerca de cómo se consiguió y se trajo a Mérida el único retrato-óleo conocido hecho en vida de fray Juan Ramos de Lora. Y lo hizo porque cuando estuvo en México a mediados de 1989, lo entusiasmé y lo llevé a que conociera la obra en su sitio original la cual recientemente había sido hallada.

Como fui testigo de excepción de su descubrimiento, cuidar su restauración, negociar las condiciones de préstamo o comodato para nuestra universidad, la aventura de traerla y la satisfacción de colocarla donde está, me permito narrar aquellos hechos con la más absoluta fidelidad, pues aún permanecen conmigo todos los recaudos, cartas, fotos e importantes documentos que sostienen todo lo aquí narrado.

La búsqueda

El relato se inicia en octubre de 1988, cuando monseñor Baltasar Porras Cardozo se encontraba de visita en Ciudad de México recopilando datos sobre la pasantía de Ramos de Lora en el convento de San Fernando, con la finalidad de incorporarlos a la biografía del ilustre franciscano que estaba preparando y que aparecen detallados en su magnífica obra *El ciclo vital de fray Juan Ramos de Lora*, publicada por la Universidad de Los Andes en marzo de 1992.

Cada vez que monseñor iba a México tenía la deferencia de llamarme, conversar y una que otra vez pernoctó en mi hogar y tuve el orgullo de compartir la mesa con él, con mis hijos y mi esposa.

En aquel octubre me había comentado sobre la existencia de un óleo de gran tamaño de Ramos de Lora, según lo señalado por el investigador padre Odilio Gómez Parente en su obra *Obispo insigne y sembrador de cultura*, que recoge documentos inéditos sobre la vida y actividad de la Diócesis de Mérida de Maracaibo, y que se publicó en 1972 con motivo del 250 aniversario del natalicio del obispo sevillano.

En su perenne búsqueda de datos sobre el obispo, visitó nuevamente el convento de San Fernando, ubicado en la plaza del mismo nombre, en la esquina formada por la calle Guerrero y la avenida Hidalgo, Colonia Guerrero de la ciudad de México.

Ahí conversó con el superior del convento, el clérigo mexicano fray Alberto Hernández, a quien notificó su

inquietud, su ilusión y su deseo de tener noticia alguna del referido óleo. Ambos personajes indagaron y buscaron en la desordenada pinacoteca del convento sin lograr su ubicación. Pese a su consternación, monseñor Porras insistió ante el diligente franciscano.

El hallazgo

No había concluido el día cuando fray Alberto se comunicó con nuestro actual arzobispo y le dio la buena nueva.

Pero dejemos que sea el propio monseñor Porras quien nos lo cuente: “El cuadro estaba colgado en un oscuro trastero de la sacristía. La emoción fue grande al poder observar, gracias a la poca luz de una diminuta ventana, el óleo del padre de la Casa de Estudios y del obispado merideño, en casi perfecto estado. Mi asombro fue mayor al notar la diferencia abismal entre la iconografía merideña de Ramos de Lora y de este retrato para el cual posó nuestro obispo antes de partir rumbo a su Mérida. El toque que prendió la mecha de la aventura de traerlo hasta acá fue inspiración del prior mexicano de San Fernando: Monseñor, si este personaje significa tanto para ustedes, ¿por qué no busca cómo llevárselo?; ustedes sabrán darle mejor puesto que nosotros. La idea me pareció genial pero utópica. Compartí la alegría del hallazgo con el Dr. José Manuel Quintero Strauss, Consejero de nuestra embajada en México, y él ayudó a abrir nuestras rendijas. Desde entonces ha sido compañero de ilusiones y sudores en este asunto”.

Nos propusimos, como compromiso de honor, traerlo a nuestra ciudad y lucirlo en la Universidad. Monseñor regresó a Mérida, y en México asumí la responsabilidad de iniciar el proceso que dos años después culminaría con éxito.

Características del retrato

El cuadro, un óleo sobre tela, de autor anónimo, data del siglo XVIII tardío; su marco está tallado a mano en cedro rojo estufado entintado, acabado brillante. Tiene unas dimensiones de 209 x 133 cm. Debió de ser pintado entre 1781 y 1783. El cuadro-retrato es de muy buena calidad artística y fue obsequio de alguien muy vinculado al virreinato; el pintor debió de ser uno de los mejores del momento. Así lo describe monseñor Porras: “Si observamos con detenimiento los rasgos de las manos y del rostro nos asomamos a la calidad de la obra. Ella nos alegra, pues estamos ante el más fidedigno retrato de fray Juan Ramos de Lora. Así debió de ser, con su rostro alargado y nariz aguileña, propios de su ancestro andaluz; de respetable altura y corpulento, los ojos azules, vivos y penetrantes nos descubren al soñador, al hombre emprendedor y de fe. En su rostro, un tanto favorecido, sin arrugas ni ondulaciones propias del sol inclemente, sin huellas del paso de los años en un hombre ya sexagenario, se ve lozanía y buena salud”.

En su parte inferior aparecía claramente una descripción, que copio textualmente:

“V. Rto. del Illmo. y Rmo. Sr. Fr. Juan Ramos de Lora; nació el año 1724, en la ciudad de Sevilla en España: vistió nuestro Sto. hábito en el convento Grande de la Provincia de los Ángeles, donde habiendo profesado y concluido sus estudios, ordenado ya sacerdote obtuvo patente para venir de misionero a este Ap. Co. Colegio de San Fernando en esta ciudad de México, donde llegó el año de 1749; poco tiempo después lo enviaron sus preladados a las Misiones de la Sierra Gorda, donde en el espacio de diez y seis años, trabajó con infatigable zelo en la reducción de aquellos Yndios, de allí lo enviaron a las de la Antigua California, donde permaneció por cinco años, últimamente vuelto a este colegio le eligió esta Sta. Comunidad, por su Discreto y Vicario: después de cuyo cargo fue nombrado obispo de Mérida, de la ciudad de Mérida, en la provincia de Maracaibo, por N. C. Monarca el Sr. Dn. Carlos III (que Dios guarde) para lo cual recibió la consagración de manos del Illmo. Sr. Dr. Dn. Alonso Núñez de Haro y Peralta, Dignísimo Arzobispo de esta Sta. Metropolitana de México, día veinte y dos de junio de 1783”.

Nuestra labor, meramente diplomática, se transformó en innumerables obstáculos y muchas trabas.

El proceso de rescate

Para el 15 febrero de 1989, me envía monseñor Porras un fax a México donde me señalaba: “Me encantaría que pudieras contactar al P. Alberto Hernández en el convento de San Fernando. Intenta concretar la donación o préstamo del cuadro. Pienso que si lo planificamos para tenerlo aquí para noviembre de este año, sería una buena oportunidad para inaugurar el año bicentenario de la muerte de fray Juan Ramos de Lora. Espero tus noticias”.

Casi inmediatamente visité a fray Alberto, quien me indicó que él era solamente el prior del convento, que no estaba en capacidad de tomar decisión alguna, por lo que sugirió dirigirme al provincial de la orden en México, reverendo padre fray Roberto Durán, o.f.m., a quien visité el 24 de febrero en sus oficinas del Parque Centenario en Coyoacán.

Le hice entrega de una comunicación oficial por medio de la cual hacía un breve relato de la historia de fray Juan Ramos de Lora y el interés de rescatar la obra para Mérida.

La curia del gobierno provincial de los franciscanos respondió a nuestra visita el 8 de marzo. Ahí nos señalaban que “alabamos la iniciativa”, y que por parte de ellos no tenían inconveniente en el traslado del óleo a Venezuela.

Sin embargo, nos aconsejaban que el gobierno de Venezuela tratara el asunto ante la Santa Sede, porque “tratándose de objetos preciosos por su valor artístico o histórico se requiere, además de la licencia de la misma Santa

Sede (C. I. C. Can. 638 – 3), tratar con el gobierno de México, en particular en lo que se refiere al beneplácito del Instituto Nacional de Antropología e Historia”.

Para abril de 1989 una delegación de la ciudad de Mérida de los Caballeros asistió a los actos de hermandad entre ésta y la ciudad de Oaxaca de Juárez (México), ocasión que fue aprovechada por monseñor para enviarme una carta con nuestro común amigo Germán Uzcátegui Rivas. En ella me informaba que estaba haciendo gestiones con el nuncio apostólico de Su Santidad en Caracas. Este insistía en que le tocaba al provincial de los franciscanos en México solicitar el permiso ante el padre general de la Orden Franciscana Menor y este último ante la Santa Sede. Además, el nuncio insistía en que debía haber una comunicación del gobierno mexicano señalando expresamente la voluntad o el permiso de sesión del óleo al gobierno venezolano.

Las gestiones ante el gobierno mexicano

Las gestiones continuaban tanto en Caracas como en México. El 6 de julio de 1989 la Arquidiócesis de Mérida le escribe al presidente Carlos Andrés Pérez pidiéndole que solicitara al presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, el cuadro de Ramos de Lora. El entonces gobernador de Mérida, Jesús Rondón Nucete, fue el portador de la misiva.

El presidente nunca respondió la misiva, ni siquiera un acuse de haberla recibido. Tiempo después me enteré de que un subalterno de Miraflores la había remitido a la Embajada de México en Caracas, donde aún permanece archivada.

En agosto la embajada le envió una nota a la Cancillería mexicana reiterando la donación del óleo.

El 7 de agosto monseñor me escribe –un poco decepcionado– que “de no lograr traerlo a Mérida averigua con un buen copista cuánto costaría una buena reproducción de calidad, a ver si yo aquí consigo el financiamiento”.

En octubre acompañé al embajador de Venezuela en México, el historiador Germán Carrera Damas, a una entrevista con el canciller mexicano Fernando Solano, donde le solicitó una vez más la donación del óleo. El canciller manifestó su acuerdo y encargó a uno de sus asistentes para que iniciara las diligencias del caso.

A finales de octubre volvió monseñor a México para asistir a una reunión de la pastoral familiar promovida por el CELAM (Conferencia Episcopal Latinoamericana). Fue una buena oportunidad para nuevos planes de acción. Comprobamos que la Cancillería mexicana había enviado emisarios al convento y estaban trabajando en el asunto.

Así llegamos a 1990, el año del bicentenario de la muerte de fray Juan Ramos de Lora. Nos quedaban pocos meses para concretar su donación, su restauración, su traslado y su develación en el Salón Rojo del edificio del rectorado de la Universidad de Los Andes, que habíamos previsto para el 9 de noviembre del mismo año, día en que 200 años antes falleciera el ilustre obispo.

Una feliz ocurrencia

El empuje final se da con el nombramiento del Dr. Rigoberto Henríquez Vera –merideño a carta cabal– como embajador ante el gobierno mexicano. En México es muy difícil que un presidente de la república reciba embajadores en su despacho. Incluso, los Jefes de Estado que realizan visitas oficiales son recibidos por el canciller en el aeropuerto Benito Juárez de esa capital y trasladados a la residencia presidencial, donde se les rinden los honores correspondientes.

Le propusimos al embajador Henríquez Vera que en el momento en que presentara cartas credenciales ante el presidente Salinas de Gortari, reiterara la solicitud de donación del óleo. Me manifestó que durante su estadía en Mérida –antes de asumir la embajada– se había entrevistado con el arzobispo y tuvo la misma idea que planeamos. Valga destacar que tan sólo ocho minutos le asigna el protocolo oficial mexicano para conversar en privado con el presidente de la República en esas ocasiones. Habiendo otros aspectos políticos de mayor trascendencia a tratar en ese momento, se me ocurrió la feliz idea de redactar una comunicación dirigida al presidente mexicano donde formalizamos la solicitud para que Don Rigo –como se le dice coloquialmente– la entregara personalmente al Jefe de Estado de México. Y así fue. “El Sr. presidente de la República me ha encomendado entregarle personalmente esta comunicación”, le dijo nuestro embajador el 6 de junio de 1990. Copia de aquella misiva obra en mi poder, la que en su último

párrafo señalaba: “Debo manifestarle, Excelentísimo Señor Presidente, el júbilo que nos embargaría de tener una respuesta positiva, y reiterarle a nombre del Sr. Presidente de la República de Venezuela, de su Gobierno y del pueblo venezolano nuestro más profundo agradecimiento por este gesto, que lo enaltece a usted y estrecha aún más las excelentes relaciones que existen entre ambos mandatarios y sus pueblos”.

La carta surtió el efecto esperado, y a las pocas semanas el cuadro fue trasladado desde el convento de San Fernando al taller de la licenciada Coral García Valencia, ubicado en la Colonia Cuauthemoc para su restauración. La pintura tenía varios orificios (3 de grandes proporciones); la Lic. García tenía un gran prestigio y era reconocida como la mejor restauradora de pinturas antiguas en México y el sur de Estados Unidos. El gobierno mexicano asumió el costo de la reparación del marco y restauración de la tela. Ignoro cuánto cobró la prestigiosa restauradora. Pero debió de ser una suma atrayente, pues se dedicó exclusivamente a este trabajo durante tres largos meses. La visitaba semanalmente, hasta el punto de que llegó a creer que su trabajo le era supervisado por el suscrito. En una ocasión monseñor Porras me acompañó al taller de la restauradora y pudo verificar el excelente trabajo y el esmero que ponía en rescatar los colores originales del preciado óleo.

El cuadro estuvo completamente restaurado a mediados de octubre del año 90. El Archivo del Palacio Arzobispal tiene una colección de fotografías desde el inicio hasta el final del trabajo hecho por la Lic. García. Se las entregué personalmente a monseñor Porras, como constancia del magnífico trabajo de la acreditada restauradora.

La entrega formal

El contrato de comodato entre la Secretaría (Ministerio) de Desarrollo Urbano y Ecología (bajo cuya custodia estaba el cuadro) y la Cancillería mexicana, fue firmado el 24 de octubre de 1990. Posteriormente, se firmaría otro entre ésta y la Universidad de Los Andes, donde se establecía un lapso de préstamo de 14 meses a partir del momento de su entrega.

El cuadro me fue entregado en un acto austero y sobrio, pero solemne, y lo recibí en representación del gobierno venezolano y de la Universidad de Los Andes el 31 de octubre de 1990 a las 11 a.m., según consta en el acta de entrega.

Inmediatamente hice dos llamadas a Mérida. La primera a mi madre para darle la buena nueva, ya que le había prometido cuando me visitó en tierras aztecas que si lograba mi propósito sería la primera en conocer la noticia.

Luego llamé a monseñor Porras, a quien noté emocionado y complacido. Él transmitió la noticia a los merideños.

Inicié de inmediato las gestiones para su traslado. A fin de garantizar la seguridad de la pintura, su protección y manejo desde que saliera de México hasta su regreso, se obligaba a contratar un seguro por ochocientos mil dólares (US \$ 800.000), suma en que fue tasada la obra por el Museo de Bellas Artes de México. Solicitamos varias cotizaciones;

el agente de Seguros Monterrey, César Pedro Ortega Virgen, ligado a los venezolanos residentes en México, fue quien nos ofreció la mejor oferta por dieciséis mil ochocientos veinticinco dólares (US \$ 16.825), suma pagada por la Universidad, al tipo de cambio de Bs. 50.05 por dólar. Aquí jugaron un importante papel el profesor Genry Vargas, quien era vicerrector administrativo, y la licenciada Dulce Bravo de Angulo (directora de Administración), quienes en una semana (el 6 de noviembre) tenían listo el cheque del Banco Mercantil para pagar el seguro. Ahí estampó su firma el amigo Alfonso Hernández Cáceres, para entonces vicepresidente auxiliar del banco. Alfonso agilizó el procedimiento al máximo.

El traslado

El embalaje y traslado estuvo a cargo del gobierno venezolano (US \$ 562.62). Conseguimos con el Sr. John Howard Boulton, presidente de Avenza, que nos exonerara el costo de su traslado a Maiquetía, pero las dimensiones de la caja que contenía el óleo (2,46 x 1,65 x 0,40) con un peso de 271 libras, hacía imposible su traslado pues no cabía en la sección de carga del avión. El tiempo apremiaba. Me había comprometido con monseñor Porras llevarlo a Mérida para

el 9 de octubre. Me fue realmente imposible. Me sentía incompetente y lleno de frustración.

Tuve que trasladarlo en un 747 de Pan American desde Ciudad de México a Nueva York y de allí a Maiquetía. Era el 8 de noviembre de 1990. Hube de acompañar el retrato del obispo por exigencias del gobierno mexicano. Ya el 27 de septiembre, Felipe Pachano, en su condición de secretario de la Universidad de Los Andes, había girado instrucción a la Dirección de Presupuesto para que me situara el pasaje por la mencionada ruta. Fantaseaba durante el viaje. El obispo Ramos de Lora y yo en un súper jet. Él embalado en la sección de carga y yo, plácidamente satisfecho, saboreaba un buen escocés.

En Maiquetía estaba esperando el Dr. César Briceño –vinculado a Mérida–, quien era viceministro de Educación. Como siempre, hubo problemas en la aduana de Maiquetía para retirarlo. Desconozco cómo lo lograron. Lo cierto es que me vine a Mérida y dejé encargado de ello a una compañía de transporte de valores (Transvalcar) para que se encargara de traerlo. Nuevos problemas: no cabía en su cava. Era como si el ilustre fraile sevillano no quisiera regresar, o quizá se repetía aquella historia de los problemas con las autoridades de Maracaibo, quienes trataron de convencer al obispo al llegar a ese puerto en 1783 de que no se trasladase a Mérida.

El 15 de noviembre se contactó con AEROCAV para que lo trajera. Cancelé 3.332,50 Bs. (Guía # 1.P 527 – 904) y llegó al edificio del rectorado dos días después como una simple encomienda, siendo recibido por Pedro Velásquez, para entonces jefe de protocolo de la ULA, quien en honor a la verdad, fue diligente.

La develación

El 28 de noviembre de 1990 –hace 15 años- el óleo fue develado en el Salón Rojo del rectorado por el rector Néstor López Rodríguez, acompañado de monseñor Baltasar Porras, el gobernador Jesús Rondón Nucete y el embajador de México en Caracas, Lic. Alejandro Sobarzo. Estaban presentes las demás autoridades universitarias: Carlos Guillermo Cárdenas, vicerrector académico; Genry Vargas, vicerrector administrativo; Felipe Pachano, secretario, además del alcalde de la ciudad, Fortunato González

Cruz. La ULA publicó un folleto con los discursos de ocasión. A sugerencia del arzobispo, invité a la restauradora mexicana que había asumido el reto con responsabilidad. Ella estaba orgullosa de su labor. Se excusó. Tenía compromisos adquiridos.

Hubo que hacerle algunos arreglos especiales al Salón Rojo, tales como reforzamiento de puertas y ventanas exteriores, control de humedad, etc., que estuvieron a cargo del ingeniero Oliverio Picón Uzcátegui, quien me había



enviado a México un amplio y detallado informe en el que garantizaba las excelentes condiciones de seguridad y mantenimiento que exigían las autoridades mexicanas.

No pude estar presente en aquel trascendental acto; tenía que regresar a mis labores en la embajada. Lo hice después de recibir el 13 de noviembre de manos del rector López Rodríguez la Distinción Bicentenario fray Juan Ramos de Lora “por los valiosos servicios prestados a la Universidad”. Hoy día ocupa lugar especial en mi hogar. Posteriormente, al cumplirse el plan estipulado en el contrato de comodato, el gobierno mexicano solicitó la obra. El entonces embajador de México en Caracas, Jesús Puente Leyba, insistió ante los más altos niveles gubernamentales. Llamó telefónicamente a todo aquel que pudo. Monseñor Porras soportó estoicamente el conocido temperamento de Chucho Puente, como le decíamos. Y con su insistencia logró el objetivo. Fue en 1992, durante el rectorado de Miguel Rodríguez Villenave. Correspondió a mi profesor y amigo, Dr. Hernán López Añez, en su carácter de vicerrector administrativo, realizar todas las gestiones para devolver la preciada obra, incluso un nuevo embalaje y el costo del seguro. Antes de entregarlo monseñor Porras había logrado que el excelente retratista Francisco Lacruz realizara una copia exacta en tamaño y colores del retrato original. Ese es el que está hoy en el Salón Rojo, que ahora se llama Salón fray Juan Ramos de Lora; por cierto, hasta la fecha de hoy sin ninguna placa que haga alusión o recuerdo de aquel importante hecho.

Un dato anecdótico que vine a conocer muchos años después. El cuadro no fue trasladado por tierra por AEROCAR ni por ninguna otra empresa transportista. Se hizo en

un camión del Ejército, custodiado y especialmente acondicionado para ello. La razón es porque la compañía transportista cobraba una enorme cantidad de dinero por el seguro del óleo desde Maiquetía a Mérida, y no había tiempo ni cómo conseguir tal monto. Recuérdese que su valor estaba estimado en US \$ 800.000 (unos 1.800 millones de bolívars al tipo de cambio actual, noviembre de 2005). Los militares hicieron el papel del canónigo Uzcátegui, quien convenció y acompañó al obispo, hace más de doscientos años, en su trayecto desde Maracaibo a Mérida a lomo de mula.

¡Qué iba a imaginar aquel ilustre prelado que regresaría en avión supersónico, por buenas vías de comunicación y custodiado por nuestras Fuerzas Armadas!



Las estatuas de fray Juan Ramos de Lora en Mérida

Del obispo Juan Manuel Antonio Ramos de Lora, el fraile sevillano nacido un 23 de junio de 1722, existen dos estatuas pedestres en la ciudad donde fundara el 29 de marzo de 1785 el Colegio Seminario de San Buenaventura.

La primera y más conocida se yergue en el patio central del edificio del rectorado de nuestra Universidad y es un ícono para nuestra casa de estudios y para la ciudad misma.

La idea de que en Mérida se hiciera una estatua del fraile fue del recordado investigador e historiador Pedro Nicolás Tablante Garrido, quien hizo formal propuesta a las autoridades universitarias para que la misma fuese develada durante el año del cuatricentenario de la fundación de la ciudad (1958). La idea primigenia



fue la de hacer una estatua de pequeñas dimensiones para que presidiera la mesa rectoral. La concepción fue creciendo y el encargo llegó al artista Enrique Pérez Comendador, quien fue contactado en Madrid por el Dr. Miguel Ángel Burelli Rivas –vivía su exilio en Europa– quien a su vez había recibido las instrucciones del caso del entonces rector Joaquín Mármol Luzardo, hacia 1956. El artista realizó dos bocetos distintos que remitió a la Universidad. En el primero de ellos aparecía el fraile revestido con roquete (vestidura blanca de lienzo fino que llevan sobre la sotana los eclesiásticos), sobre el hábito franciscano, arropado el cuerpo con capa magna y el báculo episcopal sostenido en su mano izquierda, coronada la cabeza con la mitra como ejemplo de dignidad. En el otro boceto “aparecía en ademán de avanzar con paso grave y mirada escrutadora de horizontes lejanos”, como afirma el padre Gómez Parente en su investigación sobre el obispo. Este modelo, al tamaño natural, vestía la figura con el hábito franciscano, circundado por el blanco cordón de tres nudos en su cintura. Sostiene en su mano izquierda el báculo y en la derecha una iglesia como símbolo de las grandes empresas y realizaciones que había logrado en vida como fundador y, al mismo tiempo, sembrador de cultura y civilización. Para la realización de ambos modelos el escultor madrileño buscó información y realizó estudios sobre la fisonomía del fraile sevillano y su obra. Había sido Ramos de Lora –según escritos de la época– hombre de constitución fuerte, recia y corpulenta. Al llegar los bocetos a Mérida hacia 1957, creó división entre quienes fueron consultados para decidir cuál era el

mejor, pues aún no se conocía ninguna pintura o retrato que mostrara la real apariencia del obispo. En virtud de aquellas opiniones fuertemente divididas, las autoridades universitarias comunicaron al artista que paralizara la obra. Una vez asumido el rectorado por Pedro Rincón Gutiérrez en los albores de la democracia –enero de 1958– éste comunicó al escultor Pérez Comendador la decisión de que se continuara la obra de acuerdo al modelo en que aparecía Ramos de Lora vestido de fraile franciscano. Un dato curioso: el Pbro. Odilio Gómez Parente –a quien nos referimos anteriormente– posó para el artista para los retoques finales sobre los pliegues del hábito, y el rostro es del escultor español. Terminada la obra, que fuera fundida en bronce en los talleres de los Hnos. Ondina en Madrid a finales del año 59, fue remitida a Mérida y colocada en el patio principal de nuestra Universidad frente al Aula Magna. Su develación fue el 21 de septiembre de 1960 con magnífica disertación del padre Pedro Pablo Barnola. Por cierto, aquella estatua se yergue cerca de donde fue sepultado el obispo, en la capilla del antiguo seminario, hoy teatro César Rengifo. Su placa descriptiva original fue suplantada por la actual. Desconozco el motivo y el paradero de la misma.

La segunda estatua de Ramos de Lora –un poco escondida y de tres metros de altura– está en la avenida Andrés Bello, frente a la antigua hacienda Las Tapias, en el denominado Parque fray Juan Ramos de Lora, obra del artista italiano Cayetano Parisi Manarino que residía en Mérida; vaciada en sus talleres cerca del río Albarregas, donde está ahora el Colegio La Salle. Esta

fue develada el 24 de junio de 1972 al conmemorarse los 250 años del natalicio del obispo, quien aparece con todos sus atuendos episcopales. Para finalizar, debo reafirmar que ninguno de los dos escultores llegó a conocer alguna pintura del ilustre obispo.

Una anécdota: quien sirvió de modelo para esta segunda estatua fue el Dr. Carlos Chalbaud Zerpa –cronista de la Sierra Nevada–, y los atuendos le fueron prestados por el entonces arzobispo de Mérida, monseñor Acacio Chacón.

Existe en mi poder el testimonio gráfico de aquel hecho.





UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA

VICERRECTORADO
ACADÉMICO

Léster Rodríguez Herrera
Rector

Humberto Ruiz Calderón
Vicerrector Académico

Mario Bonucci Rossini
Vicerrector Administrativo

Nancy Rivas de Prado
Secretaria





UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA

VICERRECTORADO
ACADÉMICO



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO